

RUBÍN DE CELIS, Manuel. *El Corresponsal del Censor*. Klaus-Dieter ERTLER, Renate HODAB e Inmaculada URZAINQUI (eds.). Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2010, 380 pp.

ESTALA, Pedro. *El Imparcial, o Gazeta política y literaria*. Estudio preliminar

y edición de Elisabel Larriba. Madrid: CSIC-Doce Calles, 2010, 418 pp.

El gran impulso que los estudios dieciochistas han experimentado en España durante las últimas décadas ha determinado que las investigaciones sobre la prensa española del siglo ilustrado hayan florecido últimamente, aunque no todavía con la intensidad y eficacia de lo sucedido en Francia, donde, gracias sobre todo a Jean Sgard o a recursos electrónicos como *Le gazetier universel*, los periódicos franceses de aquel siglo son bien conocidos y de fácil acceso para los estudiosos, una situación modélica para otros países.

Pero también el conocimiento de la prensa española avanza con paso firme. Reseñamos aquí la edición de dos importantes periódicos de la época —que nunca habían visto la luz en edición moderna—, realizadas ambas por los mejores especialistas en esta cuestión. El primero de ellos, *El Corresponsal del Censor* (1786-1788), de Manuel Rubín de Celis, pertenece al ámbito de la prensa moral y pedagógica, y sigue el modelo formal de los «espectadores».

Klaus-Dieter Ertler, un destacado investigador austriaco comprometido en el estudio de este tipo de periódicos españoles (acaba de publicar un excelente libro: *Regards sur les «spectateurs»*, Peter Lang, 2012), explica en el estudio introductorio el origen de esta prensa, cuyo modelo nació en Inglaterra (*The Tatler*, *The Spectator* y *The Guardian*) durante los primeros años del siglo XVIII. Su gran éxito pudo deberse a la sabia representación de los problemas que más preocupaban a la sociedad de la época, que fue dibujada a través de recursos como la burla, la ironía y la sátira. El mundo circundante se explicaba ahora a partir de la experiencia y la razón, y no desde una dogmática perspectiva escolástica, totalmente alejada de la realidad. Se subrayaban así los errores y vicios tradicionales del género humano, al tiempo que

se proponía la «búsqueda de la felicidad» apoyada en una nueva filosofía: la razón sustituye a la revelación; la autocrítica se hace desde la perspectiva de «el otro».

En este tipo de prensa, el autor o editor aparece generalmente bajo seudónimo, los temas son de carácter ético-didáctico, presentados mayormente bajo la forma de carta moral, sátira, fábula, ejemplo, alegoría, etc. El periódico propicia el diálogo entre autor y público, así como el debate entre distintas cabeceras. La aparición de esta prensa en el mundo católico se produce a partir de los años cincuenta y sesenta del siglo ilustrado. En el caso español, los principales periódicos de este tipo fueron *El Pensador* (1762-1767) y *El Censor* (1781-1787). Pero hubo otros: *El duende especulativo sobre la vida civil*, *El escritor sin título*, *La Pensadora Gaditana*, *El Belianis Literario*, *El Apologista Universal*, *El observador*, *El filósofo a la moda* y, por supuesto, *El Corresponsal del Censor*.

Renate Hodab, colaboradora del proyecto de investigación del profesor Ertler sobre los «espectadores», se ocupa de analizar formal y temáticamente el periódico de Rubín de Celis, cuyo «corresponsal» es un personaje ficticio, Ramón Harnero, que se dirige aparentemente al conocido y controvertido *El Censor*, pero cuyo interlocutor principal es realmente el público, que también interviene —supuestamente— a través de cartas al periódico. A menudo, las cartas se presentan como escritas por un antihéroe: petimetre, aristócrata perezoso y superficial, afrancesado ignorante, persona inhumana y egoísta, aficionada a la fiesta de los toros. Pero a veces el autor es un ciudadano que cree en el progreso basado en la razón. Mensajes todos comprometidos con la defensa de una sociedad ilustrada, crítica con la frivolidad, la ociosidad, las modas, los privilegios, las injusticias, la excesiva jerarquización social, etc., y defensora de cambios sociales en los ámbitos de la educación, la religión y la ju-

responsabilidad. Gran espacio se concede al papel social de la mujer, así como a la reforma del teatro.

Inmaculada Urzainqui, la investigadora que más y mejor ha escrito sobre la prensa española dieciochesca, se ocupa en el estudio introductorio de trazar la biografía del ilustrado asturiano Manuel Rubín de Celis (1743-1809; cuya figura ya fue estudiada por ella misma y por Álvaro Ruiz de la Peña en el libro *Periodismo e Ilustración en Manuel Rubín de Celis*) y de explicar el resto de su obra. Finalmente, la edición de *El Corresponsal del Censor* es una transcripción literal de todas las cartas del periódico, respetando la ortografía, sintaxis y puntuación originales, sin notas de los editores.

El segundo periódico que reseñamos es *El Imparcial*, de Pedro Estala, una de las mentes más lúcidas del siglo XVIII español. Su edición corre a cargo de la profesora Elisabel Larriba, cuyos excelentes trabajos en el campo de la prensa y del siglo ilustrado en general son bien conocidos. La presente publicación supone una importante contribución al dieciochismo español, tan valiosa como las anteriores. La edición de *El Imparcial* (que vio la luz entre el 21 de marzo de 1809 y el 4 de agosto de 1809; no desde el 21 de marzo de 1808, como figura por errata en la cubierta del libro) no es paleográfica: moderniza ortografía, acentuación y puntuación, y se basa en el texto conservado en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

Sus estudios sobre Godoy y la España en torno a 1808 permiten a la profesora Larriba contextualizar inmejorablemente el texto de Estala, que disecciona con acierto en las primeras ochenta páginas del libro. En efecto, Napoleón entendió muy bien que el control de la prensa suponía una poderosa arma político-militar. Durante los primeros años del siglo XIX, las buenas relaciones diplomáticas hispanofrancesas depararon al primer cónsul francés, luego emperador, un trato excelente en la

*Gaceta de Madrid*. José I también se benefició de ese trato durante su reinado, y no solo a través de dicho periódico, también de *El Imparcial*, a cuyo frente se colocó a Estala, integrante de aquel grupo de intelectuales españoles, los afrancesados, convencidos de que el régimen josefino suponía la gran oportunidad para modernizar nuestro país.

O bien, Estala fue un oportunista dispuesto a servir al mejor postor. Entre otros motivos porque en 1793 publicó un *Discurso sobre la tragedia antigua y moderna*—excelente desde el punto de vista teórico-literario— donde reivindicaba los valores monárquicos y religiosos, frente al sistema republicano y el laicismo, y porque en los años previos a 1808 formó parte de aquel triunvirato (junto con Moratín y Melón) fiel a Godoy y enfrentado con el grupo quintanista, más progresista e ilustrado que el bando moratiniano. Escribió Alcalá Galiano que los tres citados mantuvieron en los años del cambio de siglo una guerra contra todo principio liberal y fueron dignos de su protector (Godoy) por la baja de las alabanzas que le prodigaron.

Pero no hay duda de que Estala fue la mejor pluma con que pudo contar el gobierno de José I. Larriba pasa revista a las distintas secciones del periódico, identificando los diversos elementos de la línea editorial de *El Imparcial*: la adscripción a las luces frente a las tinieblas, la defensa de la modernidad frente al oscurantismo, el manejo propagandístico de las noticias que llegaban de Europa o de la propia España, etc. Prioritaria fue la intención de dañar la imagen de la pérfida Albión, cuya política maquiavélica se oponía a la modélica de Francia, defensora de una paz permanente, así como la exaltación de la figura de Napoleón, empeñado en una guerra defensiva, por el bien de Europa. Los contemporáneos sucesos europeos sirvieron a Estala para establecer una serie de modelos y contramodelos políticos. Naturalmente, el periódico se propuso crear la impresión de que solo la victoria aguardaba a

las tropas josefinas y napoleónicas en general. El orden, la justicia y la felicidad de la España josefina se opusieron en forma de claros binomios a la anarquía, opresión e infelicidad que traerían los «falsos patriotas». Así, José I era un buen rey que llevaría a España al progreso y la felicidad, curando las heridas de los gobiernos anteriores.

En la sección de «Política» Estala insertó verdaderos ensayos políticos, apoyando la nueva constitución, interpretando la Historia de España tal y como la habían descrito sus enemigos: Felipe II y la Inquisición fueron los culpables de la decadencia española; el poder abusó del sagrado nombre de la religión para oprimir al pueblo de España, la cual carecía de industria por haber despreciado a las clases laboriosas en beneficio de clérigos, frailes, etc. De ahí que apoyara la reforma del clero regular que José I planeaba llevar a cabo. El verdadero patriotismo no se apoya en un concepto geográfico, sino que, según Estala, debe relacionarse con las ventajas que el ciudadano ha de disfrutar en una sociedad justa. Criticó a Floridablanca y quiso convencer al público de que la nueva dinastía napoleónica no era anticatólica. En el ámbito de la literatura criticó a los quintanistas, corruptores del buen gusto. Finalmente, retrató a sus compatriotas antinapoleónicos como «jacobinos españoles», o «turba revolucionaria de malvados», cuya actuación estaba marcada por el terror. El periódico se publicó solo durante cuatro meses y medio, al término de los cuales Estala comprendió que su defensa del régimen josefino no había servido para mucho.

Nos congratulamos, así pues, de la edición de estos paradigmáticos periódicos —accesibles fácilmente ahora—, cuyo significado ha sido desvelado y contextualizado inteligentemente por los investigadores citados, que contribuyen de esta manera al mejor conocimiento de la historia política y cultural de la prensa española.

JOSÉ CHECA BELTRÁN